Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

EL DIA

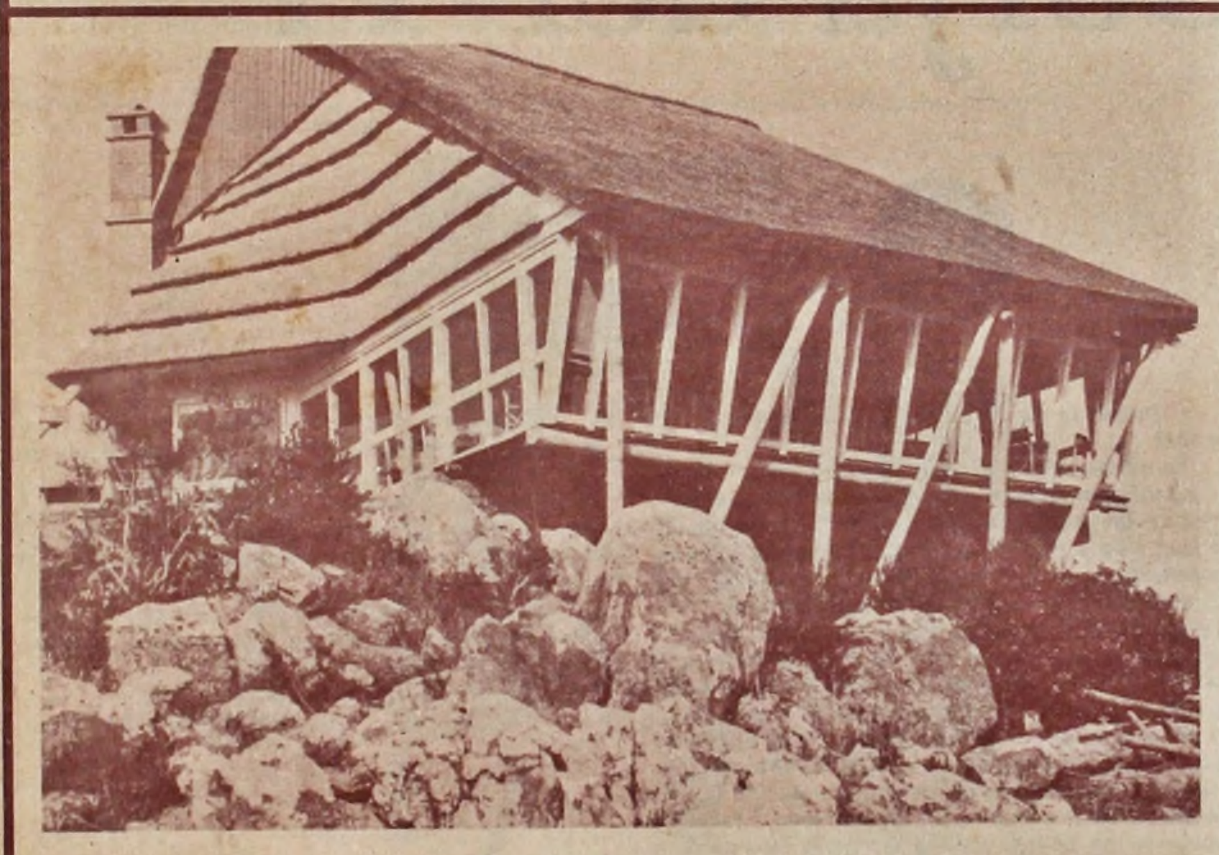
Año LIII - N° 2685
Montevideo,
21 de abril de 1985



De América

Venezuela

(Págs. 4 y 5)



Arquitectura

(Págs. 8, 9 y 10)

Música

José Carreras

(Págs. 12 y 13)





Campamento de las Compañías de Artillería del Ejército Nacional, situadas en el Yí, formada con indios guaraníes (marzo 28 de 1839) Acuarela de Juan Manuel Besnes e Irigoyen

El extinguido pueblo

"San Borja del Yí"



El nombramiento de juez de paz del Pueblo Colonia de San Borja se realizó con toda solemnidad el 7 de octubre de 1835.

Días antes, reunidos el jefe político y de policía del departamento de San José, Nicolás Morales, comisionado por el gobierno del Estado y los tenientes alcaldes de dicha jurisdicción Francisco Oroño, Francisco Piñera, Manuel Cardoso y Mariano Coronel, con "toda publicidad", según el acta respectiva, se leyó la siguiente resolución:

"Ministerio de Gobierno, Mont., setiembre 16 de 1835.

La existencia del Pueblo de Sn. Borja, formado en las márgenes del Río Yí, con las familias de naturales de Misiones, que se abrigaron de la protección de las LL de la República, el aumento progresivo de su población, de sus necesidades domésticas, y la consideración de que sus habitantes deben entrar al goce de todas las garantías y beneficios sociales con que la Ley favorece a toda asociación que disfruta de un régimen constitucional y permanente, ha decidido al Gobierno a recomendar al jefe político del Depto. que tan luego como le sea posible a dho. Pueblo y reuniendo a los Ttes. Alcdes. de la jurisdicción disponga se proceda a la elección de los jueces locales, con que la Ley administra justicia, provee a los demás jueces territorio haciendo la elección entre los naturales, o en vecinos de providad e inteligencia que residen en el distrito, toda vez que en los primeros no halla individuos dotados de las mismas calidades para ejercer estos cargos.

El gobierno acuerda igualmente que para completar la organización de este pueblo, el jefe de Policía haga llegar un comisario de policía que se encargue de su vigilancia y demás cuidados de este ramo, con dos celadores que completa el número de la fuerza que señala la de ese Depto. para el presente año.

El infrascripto saluda al Sr. gefe del Departamento de San José con su distinguida consideración.

(firmado) FRAN.CO LLAMBI"

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72

Continuaba así el proceso fundacional del ·blo de San Borja, con estas medidas dictadas en ıpo del gobierno del presidente Oribe.

El jefe de Policía de San José expuso seguida-nte a la Junta, que el gobierno, protector npre de los defensores de la Patria había tenido ıien recordar los trabajos de un benemérito ıblo para ponerlo al par del goce y disfrute de los nás pueblos del Estado...

Luego de finalizadas las breves manifesta-nes del jefe de policía de San José, los jueces de : procedieron a emitir su voto por el ciudadano e consideraban tenía las cualidades prescriptas el Reglamento de Justicia, resultando de la vota-n por mayoría de sufragios Francisco Piñera, pri-r juez de paz de San Borja y su jurisdicción, cu-s límites eran los siguientes: Maciel, el Yí, por el ste el Sauce, el Yí por el Este y el Mansavillagra sta la Cuchilla grande, cortando la jurisdicción de rongos y Florida.

Presumimos que a fines de 1836 fue designado ra interino de San Borja fray Juan de los Reme-os. Lo hace suponer una correspondencia del juez paz Francisco Piñera al vicario apostólico Dáma-Antonio Larrañaga, enviada el 14 de diciembre de e año, agradeciéndole dicha designación.

Un documento que transcribiera parcialmente Dr. Carlos Ferrés en su obra "Epoca colonial-La ompañía de Jesús en Montevideo", proporciona tros datos interesantes para tomar un mayor cono-miento de la vida de San Borja en sus primeros ños, de progresiva decadencia.

Así describía sus orígenes y la formación del ueblo, el 24 de enero de 1835, el entonces cura árroco José Joaquín Palacios, en correspondencia nviada al vicario apostólico del Estado, Dámaso ntonio Larrañaga. Las cantidades de habitantes de ella Unión y San Borja, difieren de otras menciona-as en este mismo artículo.

"...No ignora su Señoría que esta miserable Co-onia de Misiones, fue primeramente situada en la osta de Uruguay y en un lugar que llamaron Santa osa con tres mil setecientas almas. Después de star formado aquel pueblo con bastantes sacrifi-ios del Estado, sucedió la sublebación de Tacuabé demás caudillos que comprometieron la existencia de aquellas familias y el superior Gobierno halló por conveniente trasladar la población a las márgenes del Yí, cerca del Durazno. La desnudez y miseria despedían a estas familias de todas partes, no menos que los hábitos inherentes a una viciosa educación que hacía resentir a los hacendados con los daños que sufrían; y a los pueblos por la consistencia de pordioseros que se agolpaban a sus puertas. Vinieron en fin del Durazno a este lugar, que hoy llamamos como queda dicho, y como muchos de los naturales se hubieron dispersado en el tránsito primero y no pocos vueltos a sus natales pueblos, sólo quedó para formar esta población como trescientas cincuenta familias de las que al presente apenas han quedado cuarenta en el recinto de esta población y suburbios.

Empezó la formación de este Pueblo con ranchitos de arcos a modo de vivaques, y en la plaza levantaron un rancho ordinario para la iglesia, colocando en ella todas las imágenes de bulto, ornamento y bazos sagrados que habían podido conducir de Santa Rosa. El ex cura fray Juan de los Remedios bendijo este oratorio y yo con permiso del mismo bendije el cementerio donde estaban sepultados cuarenta cadáveres adultos y veintinco párvulos entre los que se hizo la competente división.

No pasan de diez los que vinieron a poblarse con estos naturales de los extranjeros y nativos del país, los más de estos por su negocio particular que escasamente ha prosperado en razón de que la población es sólo consumidora y en nada productiva. Escasa también de concurrencia por el distinto idioma de estos naturales y por su indigencia".

En la llamada Semana Santa de 1834 se incendió el oratorio viejo y los indios misioneros levantaron otro. Dice fray Palacios que, cuando les faltaba cura revestidos de los ornamentos sacerdotales y descalzos ofrecían misas cantadas, entierros solemnes y procesiones públicas con música y cruz alta. Agrega, que había encontrado un pueblo lleno de amancebamientos y de bígamos y en siete meses de trabajo había conseguido casar 59 parejas de naturales y legitimizar sus hijos. Había enterrado también 23 cuerpos de los mismos naturales.

Otro documento establece que la iglesia era de techo de paja y paredes de fajina, con veinte varas de largo y cinco y medio de ancho. Tenía esta capilla, altar y piso de ladrillo y una puerta principal, "otra de atraviesa" y dos ventanas, según figura en el inventario levantado en San Francisco de Borja del Yí el 4 de diciembre de 1836.

En 1837, más de ochenta vecinos de Durazno y San José, entre ellos hacendados cuyas tierras rodeaban San Borja, iniciaron activas diligencias para disolver el pueblo.

Días antes, el 30 de enero de ese año, Fr. Juan de los Remedios, desde San Borja, informó al presbítero Larrañaga que el comisario de Policía de San Borja, Agustín Castillo había recibido orden del jefe político de San José para remitir todas las campanas existentes en la iglesia a su cargo. Un día después Larrañaga dirigió un oficio al ministro Francisco Llambí poniendo en su conocimiento que las campanas de la viceparroquia de San Borja del Yí habían sido cedidas por los naturales para la iglesia que ellos fundaron en el lugar y como sólo tenían dos en funcionamiento, de las cinco que poseían, las tres restantes pensaban venderlas a beneficio de la fábrica de un templo, dado que su capilla era un miserable galpón techado de paja, cuyas paredes eran de fajina. Habían llevado allí, también, los correspondientes ornamentos y demás cosas correspondientes al culto. Todo lo que recibió por inventario el capellán Juan de los Remedios había sido adquirido con los fondos comunes del pueblo por los antepasados de los indios, en la época en que se hallaba con la dirección de los religiosos de la Compañía de Jesús. El expediente respectivo fue pasado a informe del jefe político de Durazno.

Pero, por esos mismos días, los vecinos de Durazno y San José, ya aludidos, entre los que figuraban algunos personajes notorios de la época, tales como Francisco Oribe, Andrés Latorre y Francisco Vidal, liderados precisamente por J. B. Arrue, el jefe político de Durazno, en un memorial dirigido al ministro Llambí manifestaban: "No hay quien ignore que esos colonos no tienen género ninguno de industrias, ni agrícola, ni fabril, ni comercial: en nada se ocupan, ningún medio honesto emplean para subsistir y viven exclusivamente de la rapiña y de la limosna que la compasión o la necesidad obliga a darles. "Y agregaban: "No hay hacendado de los que se hallan inmediatos a la aldea de San Borja que no vea casi diariamente algunos animales muertos en su propio campo". Por lo consiguiente confiaban que el gobierno nacional ordenara la pronta remoción de los pobladores de San Borja, distribuyéndolos en los diversos departamentos del Estado.

(Continuará)

Aníbal BARRIOS PINTOS

Especial para EL DIA

rantes del Escuadrón de tiradores del Ejército comandado por el presidente de la República, brigadier ral Fructuoso Rivera (marzo 28 de 1839) Acuarela de Besnes e Irigoyen



I. En las cumbres

En Venezuela, en el Pico Bolívar, el busto del Libertador contempla cómo en eterno éxtasis la maravilla de los paisajes de esa tierra tan amada, por la que tanto y tan noblemente luchó.

¡Andes venezolanos! Grutas glaciares, dignas de un cuento de Anderson o de Hoffman. A más de cinco mil metros de altura, las nieves son perpetuas. El ambiente posee una majestuosidad agrestemente primitiva, llena de silencio y misterio.

Y sin embargo, cerca, allá abajo, está Mérida —Santiago de los Caballeros de Mérida, como fue fundada hace más de cuatro siglos— la ciudad cuya gracia logra deslumbrar y emocionar al visitante, la cultísima ciudad que alberga la muy prestigiosa Universidad de los Andes, que pronto cumplirá dos siglos. Mérida, con el bullicio de sus estudiantes, con su hermandad de antiguas callejas coloniales y amplias avenidas modernas. Mérida que, además, da la oportunidad de un deslumbrante viaje en telesférico que llega hasta el Pico Espejo, donde la presencia de la nieve es continua y desde donde se goza con las perspectivas más amplias e inesperadas.

El país que posee este hechizo de la Sierra Nevada de Mérida, posee también el del Orinoco, con su exuberante flora tropical, con sus selvas donde zumba la vida, con la danza perpetua de su sol de topacio viviente.

Y posee mesetas de clima templado, de vida sobria y plácida. Y —como la mayoría de los países del Continente— logra unir lo antiguo y lo moderno, lo salvaje y lo civilizado.

¡Oh América mía, que tienes todos los climas, todas las razas, todas las bellezas, todas las riquezas y todas las grandes esperanzas! Unico, maravilloso continente que une los dos polos: cada vez que en ti pienso, mi alma se llena de racimos de alegría, mi alma se enciende en un gozo sagrado.



Andes venezolanos: Gruta glacial del pico Bolívar (5.002 m)

Cuarteto venezolano

II. "Solamente el alba"

De los diversos libros que poseemos de Carlos Augusto León —intenso poeta venezolano contemporáneo— elijamos, para nuestra glosa de hoy, el titulado "Solamente el alba". Son numerosos poemas en elogio del milagro blanco, del comienzo de la jornada diaria. Hay poemas de dos, de tres, de cuatro versos. ¿Por qué no? ¿Acaso no es más honda la emoción cuando se la da concentrada, en esencia? Tienen a veces esa música despreocupada y deliciosa de los cantares españoles anónimos. O bien, el sentido estético imaginativo-emocional del "haikai". Siempre, poesía.

Todos aquellos que gustan de levantarse muy temprano, ¡cómo deben sentir la gracia de este libro de Carlos Augusto León, con su leit-motiv del elogio del alba!: "A diario tengo una cita con el alba/ allá entre los árboles./ Nos entendemos bien./ Los dos amanecemos" dice el poeta, ya de entrada, situando al lector en su exégesis.

¡Qué verdad la de la Poesía! Cuando este autor venezolano afirma: "Amanece en los libros./ Las letras se despiertan./ Si alguien los abre entonces/ en el alba/ el hombre que amanece/ los encuentra más claros".

A veces, una sutil ironía o una gran realidad se expresa en uno de estos poemas de dos líneas: "¿A qué la fama?/ ¡Si basta con el alba!".

Y otras veces, en la diversidad de emociones que la hora despierta —es una hora blanca, azulada, que luego será roja, luego será de oro, ¿no es cierto, poeta?— Carlos Augusto parece revivir el sabio consejo de aquel filósofo que hace muchos siglos recomendó en sánscrito: "¡Cuida bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida. El día de ayer es sólo un sueño y el de mañana sólo una visión. Pero un hoy bien empleado, hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una visión de felicidad. ¡Cuida bien, pues, de este día!

Nosotros, que nuestra vida contamos, además del placer de levantarnos tan temprano, el de ser quienes fuera de Venezuela han escrito con más amor sobre la poesía venezolana contemporánea —¡con qué placer queremos decir nuestra alegría frente a este libro fresco, deleitoso, juguetón, emotivo, emocionante (sí, además de ser naturalmente emotivo, logra emocionar) verdadero, lleno de gracia, como el alba misma?

III. Orillas del Orinoco

1. ¡Salud, bellas palmeras que os eleváis altísimas hacia el azul inmenso!

Sois las triunfadoras. En la feroz lucha de la selva, las lianas, los bejucos, las monstruosas enredaderas no han logrado abatiros.

En el caos de la selva, en su apretujamiento loco, se pelea no sólo por un pedazo de tierra, sino también por la savia, por el rocío, por el aire, por el cielo, por el sol.

Y vosotras, perseguidas, codiciadas, habéis triunfado. Os habéis erguido hacia el azul radiante. Véis el paisaje verdísimo e infinito, el río que serpentea luminoso y agitáis vuestras hojas como un cántico triunfal.

¡Salud, bellas palmeras que váis a recibir el premio del azul, la corona de oro de la luz!

2. Diríase que esta mañana estallan gritos rutilantes en el aire. Y gritos verdes en la selva. ¡Fiesta de picaflores, mariposas, abejas y cigarras!

Esta mañana logra el olvido de la tristeza monótona de las grandes ciudades opacas de ambición y de fatiga.

Esta mañana a orillas del Orinoco es como una hermosa india que me ofrece su vasija llena de mieles silvestres, mieles de frutos mágicos y recónditos, que hacen bien al corazón.

IV. Luis Beltrán Guerrero

Además de fino poeta —recordemos sus "Secretos en fuga", su "Posada del ángel". —Beltrán Guerrero es un prosista admirable. Admirable por sus conceptos, por su estilo, su erudición, su agilidad, su síntesis. Con el título de "Candideces" (vocablo aplicado en acepción voltaireniana) viene publicando en Caracas unos tomos nutridos, interesantísimos, en que recoge sus crónicas, sus



Sierra Nevada de Mérida. El pico Bolívar desde el pico Espejo

Plaza Bolívar, en la ciudad de Mérida

artículos divulgados por la prensa y que merece la perdurabiliad del libro. Los temas son diversos, numerosos, siempre necesarios.

El correo nos ha traído el tomo 11, recientemente publicado (232 páginas) de "Candideces". ¡Qué riqueza de temas! La vida cotidiana, la literatura, la evocación histórica, el arte, los temas más imprevistos y esperados aparecen en este libro expresados por la sabiduría de un escritor de raza.

"Catedrático de humanidades y promotor de la cultura" le ha llamado Carmen Mannarino. Y Gregorio Marañón le confesó: "Todos los temas que Ud. toca son mis predilectos".

Beltrán Guerrero ha hecho de la crónica, de la columna periodística un arte, un verdadero arte. Y no porque su estilo sea en exceso pulido. Al contrario: es un estilo conversacional, lleno de sabrosura, de espontaneidad, jamás incorrecto.

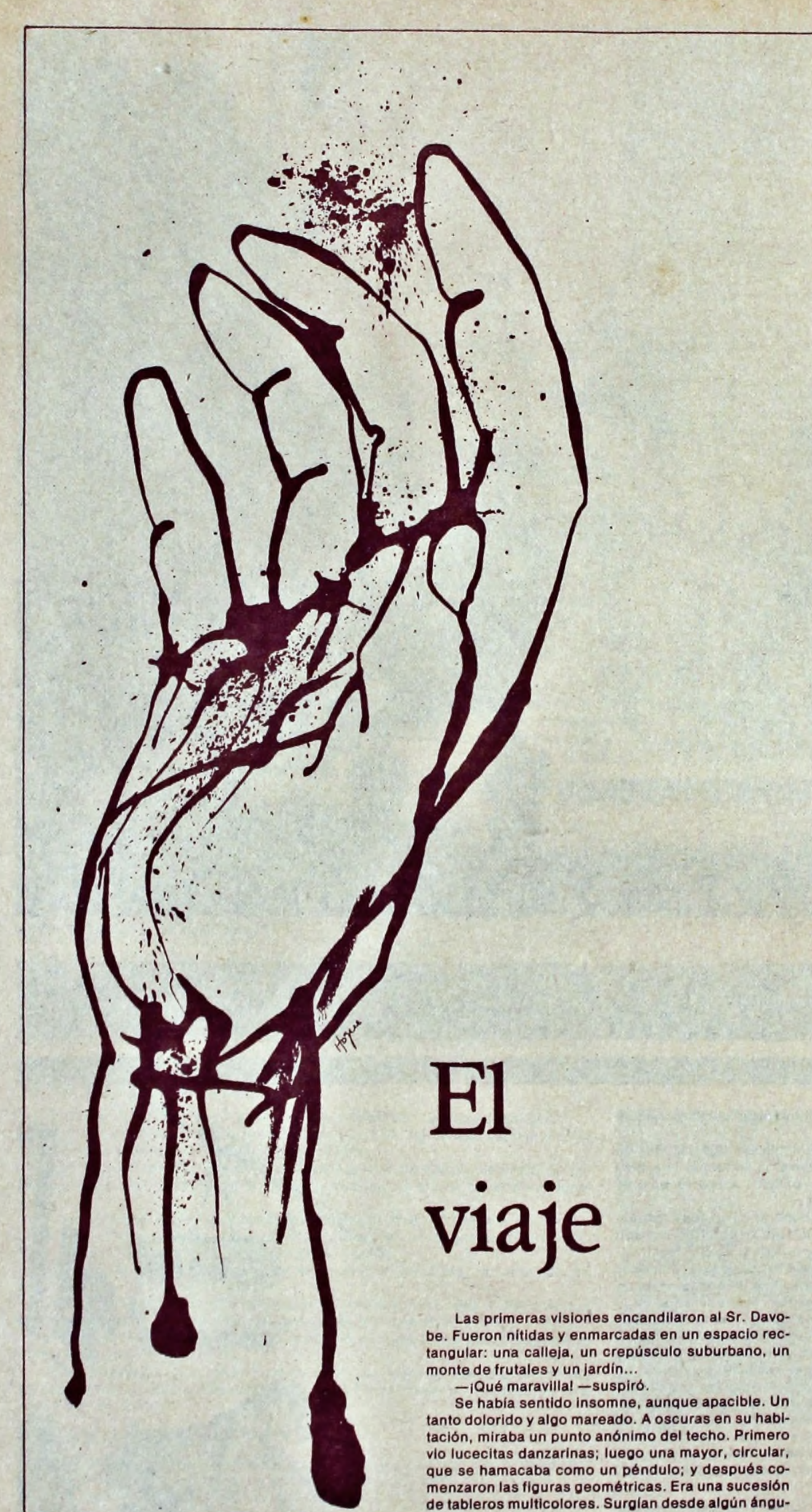
Aunque trata temas universales, en él está América, con su fuerza, su problemática y su esperanza. Los motivos que mueven su pluma (perdón, el tecleteo de su máquina) son la Humanidad, la defensa de la democracia, el amor a la belleza, el noble culto de la amistad, el deseo de "dar a conocer"; la cultura y la vida, en fin. Grandes temas que le dejan tiempo para no desdeñar la crónica accidental, aparentemente menuda pero necesaria, de cualquier manera, para el conjunto. Ese culto de las virtudes de Ser es lo que confiere organicidad a un conjunto de páginas escritas con motivos tan diversos, motivos que quedan amedallados en su límpida prosa, motivos que señorean, que mantienen viviente su interés, haciendo de Luis Beltrán Guerrero uno de los mejores ensayistas latinoamericanos de nuestros días.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Andes venezolanos: Teleférico pico Espejo



El viaje

Las primeras visiones encandilaron al Sr. Davobe. Fueron nítidas y enmarcadas en un espacio rectangular: una calleja, un crepúsculo suburbano, un monte de frutales y un jardín...

—¡Qué maravilla! —suspiró.

Se había sentido insomne, aunque apacible. Un tanto dolorido y algo mareado. A oscuras en su habitación, miraba un punto anónimo del techo. Primero vio lucecitas danzarinas; luego una mayor, circular, que se hamacaba como un péndulo; y después comenzaron las figuras geométricas. Era una sucesión de tableros multicolores. Surgían desde algún ángulo inferior y se desplazaban hacia adelante, cual si vinieran a su encuentro. Los colores variaban, predominando el rojo y el verde; y las formas alternaban en círculos, rombos y pequeños hexágonos de pareja movilidad.

Respirando en forma acompasada, Davobe presintió lejanamente a su cuerpo. Se le antojaba un animal dormido. Y así se mantuvo, expectante y en medio de una grata somnolencia.

De pronto sucedió algo inexplicable.

Era una claridad evanescente y tenue, que afectaba por igual ambos planos de la oscilante contemplación: el indefinible —inmaterial— de las figuritas saltarinas, y el otro —físico— del pequeño dormitorio. Porque la propia habitación, se iluminaba. Aquella ubicua luz precisaba perfiles de la cama, el ropero, los cuadros, y hasta los lomos de la biblioteca. Trató de ver mejor... ¡Sí, señor! Allí estaban los caracteres dorados: el tomo XVII, el XXI... ¡Algo imposible! Con esa luz al parecer "interna", el Sr. Davobe podía distinguir los objetos. Hubiera hallado un lápiz sobre el suelo, por ejemplo. Y aquella luminosidad emanaba de sí, o mejor dicho, de aquel difuso animal que respiraba con invariable placidez. A medida que crecía la intensidad del fenómeno, las figuras geométricas se veían desteñidas y azulosas, hasta desaparecer finalmente en un incesante reverbero.

Crecía la luz. Sonó un recóndito campanilleo. Eran voces alegres y profundas, a la vez, con una extraña resonancia. Parecían metálicas. Sonaban como un eco... ¡Eso!.... Un eco de campanas.

Davobe escuchaba con inefable unción. Y allí comenzaron sus primeras visiones: la calleja, el crepúsculo, y el monte de frutales, fueron fugaces. Enmarcados en la precisa pantalla de un rectángulo, desfilaron con ágiles intermitencias. Pero el jardín, no. El jardín permaneció quietamente, ganando en intensidad durante largos y dichosos segundos. Tenía canteros laterales y un amplio corredor de balasto. Se veían filodendros, begonias, helechos y malvones. Hacia ambos lados columbrábanse paredes cubiertas de hiedras. Y en el fondo había un portal de grandes hojas entreabiertas. No se veía cerrojo.

Davobe se sentía ingrávido. En una ubicación imprecisa, el vecino animal parecía más distante, pero superpuesto tangencialmente frente a la imagen del jardín. Podían verse los rasgos de un anciano sumido, su nariz ganchuda, los párpados, el tajo de una boca desdentada, el mentón, y su pecho...

Había algo, en la puerta. Como esforzándose dolorosamente, crecía una nocturna claridad que iluminó hasta el fondo de la imagen, por esa hendija del umbral entreabierto. Era una luz diferente y también parecía filtrarse tras la invisible persiana de una abertura lateral, muy baja, oculta tras las enredaderas.

Davobe quiso hablar. Respirando serenamente, el animal no articuló palabra. Pero el anciano se esforzaba mucho, ahora. Trató de apartarse de la imagen rectangular y rechazó también la feérica transparencia de esta luz azulosa —la del dormitorio— que emanaba del cuerpo adyacente. Y ese cuerpo parecía irrecuperable. Porque era un singular desdoblamiento. Más aún: una desconexión. ¿Podía volver?... ¿Dónde estaba, Davobe? Necesitaba un acto de firme voluntad, tal vez. ¡Eso mismo! Eso, necesitaba...

Algo atemorizado, pugnó ciegamente. Sintió el temblor de unas fuertes sacudidas, escuchó un jadeo, el latir discontinuo del viejo y presuroso corazón, la frente fría, los huesos de sus pies, la sequedad de la garganta, los ojos, una mano... ¡Ya estaba! Aquella mano que rebuscaba ahora ansiosamente la perilla del conmutador.

Apenas pudo articular:

—¡Dios mío!

Sentía una fatigada lasitud. Tuvo palpitaciones. El sobresalto, sin duda... Aquellos momentos de debilidad y de injustificable temor. Porque esta experiencia —un verdadero "viaje"— era maravillosa. ¡Un privilegio inmerecido! Cual si la propia conciencia se proyectara en la contemplación de otras dimensiones. Se proyectaba y se retraía. Cuestión de voluntad.

Débil, sobrecogido, durmió pocos minutos, con

la luz encendida. De boca abierta y aún sonriente, Davobe parecía casi un niño.

A la noche siguiente se acostó sin demora. Quebrantando rutinas habituales, había vivido un día confuso. Recordó vagamente los multicolores tableros, la pantalla, el jardín, el viaje interrumpido... Tenía zumbidos en las sienes, leve disnea, un cansancio de siglos... Pero aguardó la hora con resolución.

Cerró el conmutador. Aunque impaciente, no tenía prisa. Distendióse con gran prolijidad: frente, mejillas, cuello, extremidades. La respiración era de difícil manejo. Debía ser natural, muy leve y profunda a la vez.

¿Por qué tan luego a él?... Diáfanas, maravillosas visiones. Y aquel viaje... ¿hacia dónde?

Desde muy joven habían padecido —¿o disfrutado, acaso?— una sensación de ajenidad. Y observó entonces con renovado asombro el interés del prójimo por incontables fruslerías. ¿No era mejor el aislamiento? ¿El silencio incesante? Siempre había sido un solitario, él. Un lobo solitario...

Súbitamente, concurrieron oleadas de pequeños hexágonos verdes. ¡Allí estaban! ¡Allí!...

Con creciente interés, con gratitud rendida, presenciaba el desfile que discurría fluidamente: pirotecnia de luces, relámpagos y formas, la indiscernible claridad, la inmóvil sombra desasida, los caracteres de la enciclopedia, y finalmente las nuevas visiones...

Primero fue un muelle, un río, una escollera; casi inmediatamente y durante un mayor lapso, una agreste campiña, arboledas, el horizonte...

Davobe flotaba. Como en un cuenco brizado por lejanas pulsaciones, creyó ver al animal yacente y extrañamente inmóvil. Ahí estaba, ese hombre: duro sobre la cama.

La imagen inmediata fue un verdadero pasmo. Bien definida, de cabellera oscura y grandes ojos pensativos, aparecía una mujer. Y lo miraba, sin duda. Lo miraba remotamente abstraída. La nariz —casi perfecta— parecía un tanto aguileña. Los labios eran finos, y la frente, borrascosa e intensa. Alrededor de la figura se esfumaba una pálida maraña de arbustos, niebla, malezas retorcidas, troncos retintos, sombras...

Davobe quiso hablar.

—No la conozco —pensó con gran dificultad.

Debajo y muy atrás —¿o acaso ahí, encima?, el Davobe durmiente permanecía ajeno. El otro, en cambio, fijaba su atención intensamente. Vibró, al hacerlo.

—No la conozco —repitió con énfasis.

Pero la imagen empezó a cambiar. Se afinaba sin perder longitud, como la refracción de un gran espejo convexo. Así, tan fina, parecía casi helada y levemente monstruosa u hóstil. Y aquellas manos blancas habían quedado exangües.

Davobe denegó con brusquedad.

—¡No, no!...

Pensó nuevamente en el otro, aquel de abajo; en el regreso a ese jadeo animal, al latido, a los huesos, los ojos...

¡Se había ido! La mujer se había ido y en su lugar reaparecía el jardín. Aquel mismo jardín de la noche anterior.

Un tanto avergonzado de sus aprensiones, Davobe recuperaba el necesario sosiego. Las remotas pulsaciones —de acelerado ritmo discontinuo— decrecían bruscamente. Luz, campanas, colores... Todo en medio de una levedad que lo llevaba lejos, hacia la proximidad de los canteros. ¡Qué enormes filodendros! ¡Qué tallos! Un desaforado esplendor. Y esos extraños tonos de verde, el fervor de los invernaderos, la hiedra del umbral...

Como un punto gradualmente sumido rumbo al profundo imán de un remolino, Davobe iba girando muy lentamente. Se balanceó sobre una mata de encendidos geranios, derivó hacia los grandes tártagos, se dejó ir... ¡Y allí estaban las hojas del portal! Entreabiertas. Clausurando una luz deslumbrante, amarilla, levemente brumosa.

Diminuto y a la deriva, Davobe intentó retroceder. Sentía un oscuro ramalazo de inquietud. Porque recordó también a aquella mujer, las formas aguzadas de una imposible refracción convexa, la presentida hostilidad. Y porque Davobe giraba... Giraba muy despacio, pero siempre hacia el fondo. ¿Se estaba acercando demasiado? ¿Las hojas de la puerta se abrían? ¿Qué había? ¿Quién?... ¿Hacia dónde?...



Hizo un esfuerzo desesperado. Quiso volver, regresar a Davobe, reintegrarse. Pero vagando entre rombos, hexágonos y detonantes chispitas de cristal, sólo presintió un lacio cascarón, burdamente desarticulado.

Pensó que se moría. Pensó un grito:

—¡Davobe!

Y entonces pudo distinguirlo claramente, por última vez: la boca desagarrada, el pecho inmóvil; y los ojos abiertos —macilentos y zarcos—, con efímeras chispas de un vagaroso resplandor nocturno.

Alberto C. BOCAGE

Ya en el año 1933, la mente lúcida de **Le Corbusier** —principal animador de los C.I.A.M. (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna)— en el IV Congreso que tuvo lugar en el Egeo —el cual dio como fruto la famosa **"CARTA DE ATENAS"**— se preocupó por la conservación del patrimonio arquitectónico. Los planes de urbanismo —preconizaba— deben respetar los Monumentos Históricos, salvaguardándolos con gran cautela, dejándolos si es posible aislados en medio del verde, como forma de resaltarlos y ponerlos en valor. A partir de ahí, de ese toque de atención, los arquitectos y urbanistas de todo el mundo empezaron a tomar en consideración a los vestigios del pasado: se demolieron muchas construcciones vetustas es cierto, pero se respetaron los testigos notables de épocas pretéritas.

Más cerca nuestro, en el X Congreso de los C.I.A.M. —que se reunió en Dubrovnik, Yugoslavia, en 1956 y desembocó en la constitución del autodenominado "TEAM X"— se criticó la idea expuesta

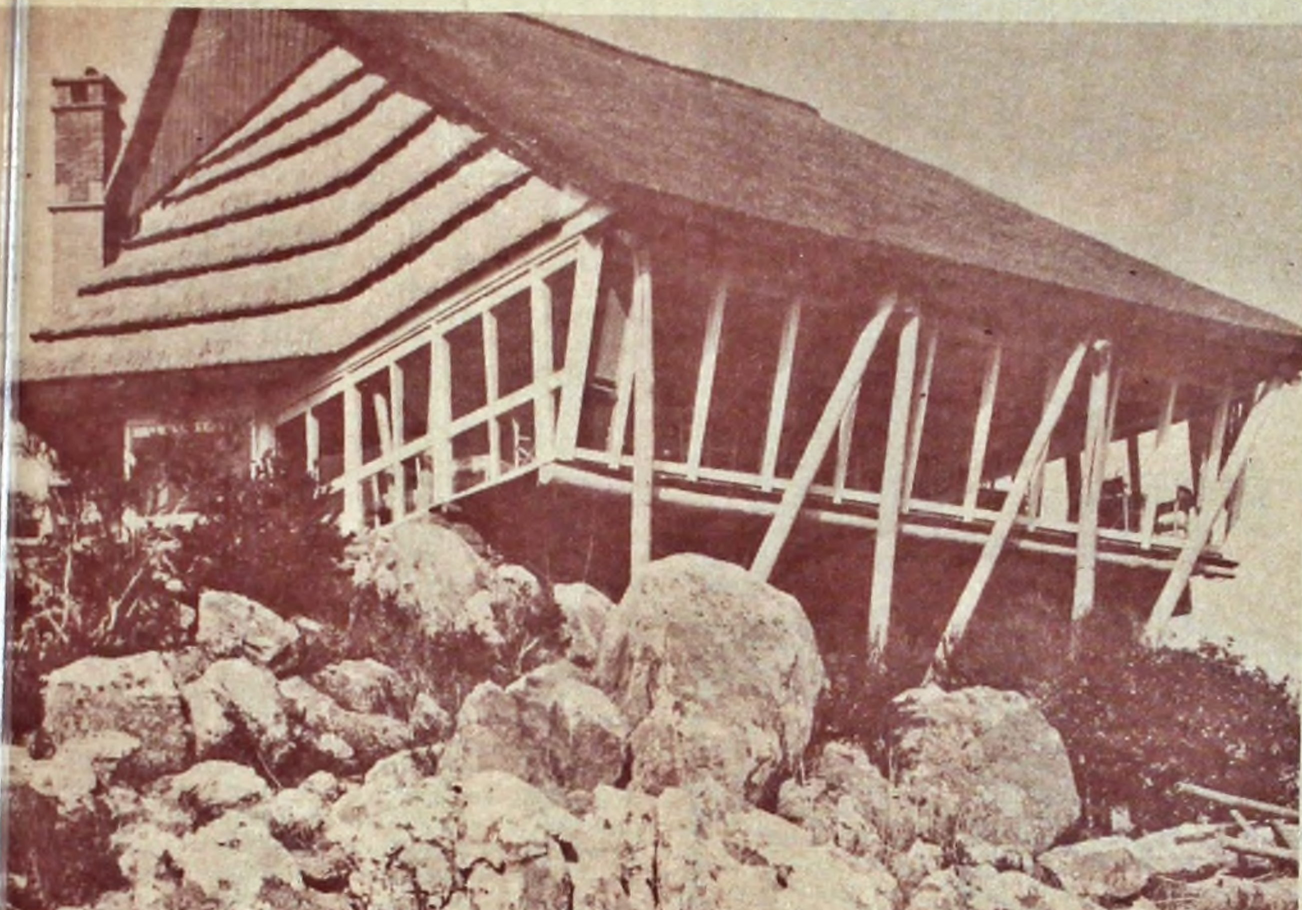
*El **"Palacio Lapido"**, de 1930, de **Aubriot & Valabrega**, es sin duda un hito en nuestra arquitectura: representa dignamente la corriente **"expresionista"**, de la que fuera su más grande representante, el alemán Eric Mendelsohn*



*Una toma del "Ventorrillo": junto con el **"Mesón de las Cañas"**, (1948), constituye el legado póstumo de nuestro más eximio arquitecto*

Destrucción y conservación del patrimonio arquitectónico II

*El **"Ventorrillo de la Buena Vista"**, en Villa Serrana, Depto. de Lavalleja, de 1946, fue declarado "Monumento Histórico" cuando estaba a punto de ser remodelado para convertirse en el casco de una estancia*



en la "CARTA DE ATENAS" de rescatar solamente el elemento valioso y se propuso en cambio la conservación conjunta con el entorno que le era propio, como manera de darle sentido y significación verdaderos: había que exponerlos en su propia salsa y no "descontextualizados", sacados de su medio.

Por otra parte, el TEAM X planteó una serie de problemas que suscitaron honda preocupación entre los especialistas: la "recuperación de la calle"— para obtener la revalorización de las relaciones humanas— la "caducidad y obsolescencia de los cascos urbanos"; la "identidad con el entorno"; la "participación del usuario"; etc.

Como vemos, todo confluye hacia una **humanización** de la ciudad, al poner especial énfasis en quien la habita y la vive: en tal sentido se piensa que se deben conservar testimonios edilicios, a fin de proporcionarle hitos o referencias históricas que lo identifiquen con su propia ciudad y lo hagan sentirse ligado por vínculos afectivos, partícipe en el devenir entre el ayer que fue y el mañana que será. Cierto es que el arquitecto "moderno" —sobre todo del período "racionalista" de los años veinte— propuso una arquitectura "elitista", que solamente era comprendida y apreciada por un núcleo exquisito y restringido de la intelectualidad de la época. El común de las gentes se encontró con "objetos" arquitectónicos estridentes, detonantes, agresivos, incomprensibles en suma. Nada había en ellos que los relacionara —aparentemente, al menos— con el pasado inmediato o mediato. El desconcierto entonces, fue grande. El ciudadano deambulaba por calles en las cuales aparecían edificios que constituían un enigma para él, cuyo significado desconocía, pues no podía "leer" el mensaje que presuntamente quiso transmitir su diseñador,



*La Robie House (1909), en Chicago, es sin duda una de las obras cumbres del período de las **"casas de la pradera"** de **Frank Lloyd Wright;** sin embargo estuvo a punto de ser demolida. La conmoción que produjo la noticia, motivó que la prensa especializada se ocupara del tema y se recogieran firmas para tratar de impedir que se cometiera tal desacierto. Hoy la comuna de Chicago la exhibe con orgullo y en su frente luce la placa que la identifica como un **"landmark"** de la ciudad*



*La vivienda de **Julio Vilamajó**, en Domingo Cullen y Sarmiento, de 1930, fue declarada "Monumento Histórico". Lamentablemente fue desposeída de todo su mobiliario y es actualmente ocupada por una dependencia del MEC, en vez de ser la sede del Museo Vilamajó*

por ignorancia del código al cual hacía referencia.

Como lo expresara muy bien el arquitecto argentino Ruben Pesci, **"la arquitectura moderna no supo hacer ciudad"**; fabricó entelequias, mecanismos urbanos para que los vehículos se desplazaran a gran velocidad, pero el gran olvidado fue el transeúnte. Ese placer que se experimenta en recorrer ciudades como París —donde puede decirse que existe un arte de "flaner"— con la posibilidad, además, del encuentro fortuito con nuestros semejantes, ese no existe en las ciudades **"ciamísticas"**, como por ejemplo en Brasilia. Las famosas "7 vías" de Le Corbusier son canales de irrigación del tejido urbano, por donde circula con fluidez el tránsito de automotores; pero su propuesta se aseveró inhóspita y fría y el peatón debía recorrer distancias enormes, nada estimulantes para salir simplemente a caminar.

A fuer de sinceros, debemos reconocer que el problema de la salvaguardia del patrimonio arquitectónico concitó la atención de los arquitectos cuando, ya maduro el movimiento moderno, por la fuerza inevitable de los hechos, se empezó a intentar la demolición de edificios considerados jalones representativos de esta modalidad. Al anunciarse que la famosísima **ROBIE HOUSE** de Frank Lloyd Wright, de 1909, iba a desaparecer, espontáneamente las revistas especializadas del mundo entero —y en particular **"L'Architecure D'Aujourd'hui** —se ocuparon del tema; se recogieron infinidad de firmas de arquitectos y se pudo salvar —casi a último momento— aquel bien cultural perteneciente no sólo al país que lo vio nacer, sino a toda la humanidad.

Igual suerte amenazó correr en Francia la no menos célebre **Villa Savoye** en Poissy, de 1929, de Le Corbusier. Tenida en triste estado de conservación, estuvo a punto de ceder ante los embates de la piqueta demoledora: el complejo escolar que la circunda pretendió expandir aún más sus dominios a costa de derruirla. Quiso un ángel guardián que en la ocasión ocupara la cartera de Educación en Francia, el eminente escritor, historiadora y hombre público **André Malraux**, quien no dudó un instante en calificarla de "Monumento Histórico", preservándola de la desgraciada suerte que iba a correr. Ahora, convertida en museo, es una de las atracciones turísticas que concita más interés en la loca-

Destrucción y conservación...

*La vivienda **Nicolás Dodero**, de 1939, último y más acabado ejemplo del maestro uruguayo en su género, cedió ante la piqueta demoledora durante el "boom", pese a los esfuerzos que se hicieron para evitarlo*





*La Tienda Corralejo fue "reciclada" en 1930, por **Aubriot & Valabrega**, para servir de asiento al BHU. Ahora, con gran criterio, se remodeló nuevamente el edificio para instalar en él a la DGSS; realmente un ejemplo para ser emulado*

lidad, siendo visitada por numerosos estudiantes, amantes del arte y público en general de todo el orbe.

En nuestro medio, en el pequeño Uruguay, nos formamos conciencia del problema, cuando se vio amenazada la obra de su más eximio arquitecto: nos referimos naturalmente, a Don **Julio Vilamajó.**

Primeramente fue la Tienda "La Madrileña", que sufrió una malhadada ampliación y reforma que desfiguró totalmente su silueta original. El "Ventorrillo de la Buena Vista" estuvo a punto de convertirse en el casco de una estancia, cuando fue declarado "Monumento Histórico" —hecho en el cual aportamos nuestro pequeño granito de arena.

La propia casa de Vilamajó, aunque declarada "Monumento Histórico", fue desposeída vandálicamente de su contenido, de todo su alhajamiento y es ocupada actualmente por una Oficina del Estado, en vez de ser sede del **Museo Vilamajó**, como en Oak Park lo es la primitiva vivienda y estudio que se construyera para sí Frank Lloyd Wright.

Finalmente la vivienda DODERO, de 1939, también cedió ante la piqueta del "avance de la civilización" —pese a las gestiones que realizaron conjuntamente representantes de la Facultad de Arquitectura, de la Sociedad de Arquitectos y el que esto escribe para impedirlo —y hoy se está levantando un edificio de apartamentos más en la zona. Lo mismo sucedió con la vivienda Pfafly (1926), y con la residencia Casabó (1925), seguramente pasará otro tanto, pues se halla sumida en un abandono lamentable.

Arq. César J. LOUSTAU

Especial para EL DIA

"La Regenta", hoy

CARACAS. — Los profesores de literatura parecen condenados a vivir en el pasado. Las necesidades de la enseñanza y de las especializaciones por épocas los alejan del presente y los confinan en sus acotados campos de estudio. Literalmente, para lo que significan las letras como expresión de un tiempo, están dedicados a trasladarse mentalmente a la Edad Media, a la antigüedad, al Renacimiento, o al siglo XIX. Ese siglo al que León Daudet, en un famoso exceso de panfletario, llegó a calificar de estúpido.

Para el común de los lectores y aun de la gente culta, la situación es distinta. Tienden a leer los autores del pasado colocados en el presente, buscando su latente actualidad.

Hace poco se ha conmemorado el centenario de la publicación de "La Regenta", la tan famosa y elogiada novela que Leopoldo Alas, "Clarín", publicó en 1884, en la España de la Restauración. No se han apartado los doctos profesores del consenso general que hace de esta obra una de las mayores de la literatura castellana y, en opinión de algunos, la mayor después del Quijote. Sin embargo, es evidente que "La Regenta" tiene pocos lectores fuera del campo de los estudiosos del pasado literario. Después de su escandalosa aparición, que provocó en su tiempo entusiasmos y condenaciones, fue cayendo paulatinamente en ese limbo de las grandes obras a las que se elogia pero que muy pocos leen.

Era un reflejo elocuente y conmovedor de la situación de la intelectualidad española de su época. Triunfaba el realismo en la novela, se imponía el naturalismo de Zola, con su pretensión de hacer de la novela casi una investigación científica de la sociedad. Se vivía en el deslumbramiento intelectual del positivismo y se pretendía llegar, imitando a la ciencia, a una "novela experimental".

Era una manera de narrar que correspondía estrechamente a su día y que, por lo mismo, estaba condenada a envejecer y apagarse con él. Estaba de moda escribir análisis detallados de la situación de la sociedad, penetrar en el fondo de las costumbres más allá de lo superficial, revelar los mecanismos psicológicos y los conflictos de clase o de credo. El adulterio era el tema escandaloso y llamativo, que provocaba curiosidades y protestas violentas.

Fuente y patrón de esa manera de novelar fue la "Madame Bovary" de Flaubert. Produjo sensación en su hora. Fue motivo de protestas, de polémicas y de adhesiones fanáticas. Parecía que nunca antes se había descrito con tan minuciosa curiosidad el proceso de un adulterio dentro de una clase social sometida a duras normas de moral. Para los lectores de hoy no pasa de ser un inteligente retrato de época y el reflejo de una ingenua condición ya desaparecida. Con todo lo que pareció entonces atrevimiento, Flaubert resulta ingenuo y pudibundo para los lectores de hoy, y hasta un poco aburrido. En el momento en que la seducción de Emma, a pesar de todas sus resistencias, va a llegar a su culminación, Flaubert corta púdicamente el relato y dice en escuetas palabras: "Ella se entregó". Es en esa parte omitida donde un novelista de hoy hubiera agotado todas sus posibilidades de observación y detalle.

Ahora no se lee mucho a Zola, fuera del mundo de los estudiantes de literatura; el caso no es diferente con Flaubert y con todo el realismo decimonónico. Están allí obras de inmenso prestigio, de mucho renombre, pero de pocos lectores. Si nos pusiéramos a averiguar con los libreros qué es lo que se lee hoy del siglo XIX, podríamos toparnos con irónicas sorpresas. Más que a Víctor Hugo se lee, sin duda, a Dumas. Los tres mosqueteros siguen vivos y atractivos en su inagotable fascinación. A Galdós, fuera de los "Episodios nacionales" no se le lee mucho tampoco. Más vivo está Conan Doyle que Kipling. La excepción, en cierta forma, la constituyen los grandes rusos, con Tolstoi y Dostoievski a la cabeza.

Hay, sin embargo, novelas aun más viejas que no han perdido su frescura y su poder de atracción sobre el público. El caso más evidente es el del Quijote. Con todo lo que pueda tener de formas arcaicas y de maneras desusadas, la gran novela sigue estando viva y válida. Lo mismo podría decirse del "Lazarillo", de "Gargantúa y Pantagruel" o de las "Aventuras de Tom Jones".

Tal vez lo que ha hecho envejecer tanto y tan rápidamente a los realistas del siglo pasado es su pretendido aparato científico. Nada envejece más pronto que la ciencia. A nadie se le ocurre hoy leer un tratado de física, de química, de biología o de matemáticas de hace cien años. Casi todo lo que contienen ha perdido vigencia. Ese mal de vida corta le contagió el pretendido cientificismo a la novela experimental. La condenó a una vigencia tan breve como la de la ciencia que pretendía aplicar. La decadencia del positivismo arrastró a sus subproductos.

La verdad es que se lee muy poco a "La Regenta" fuera del mundo académico, en el que se le prodigan los mayores elogios. Sus dos tomos asustan, sus conflictos psicológicos han perdido vigencia en nuestros días, su retrato es el de una sociedad desaparecida por la cual no hay mucho interés en esta época. Se ha vuelto irremediablemente vetusta la novela, como el nombre con que quiso disimular a Oviedo el autor.

Después de todo valdría la pena preguntarse si el destino de la literatura es merecer el elogio de los especialistas o comunicarse, sin límite de tiempo, con los lectores. Habría que pensar en una posible y no tan arbitraria clasificación: las novelas de una temporada, las de duradera gloria académica y aquellas otras que nunca pierden su valor como novela ante el público.

Arturo USLAR PIETRI

(Especial para EL DIA)

José Carreras es bajo de estatura, con una cara que nada tiene que envidiar a ningún galán de cine, con un encanto muy mediterráneo, muy español —perdón, José— muy catalán... Nació en Barcelona y allí mismo en la temporada 1970-71 hizo su debut profesional en el Gran Teatro del Liceo cantando "Lucrezia Borgia" de Donizetti junto a Montserrat Caballé. En 1971 ganó el Concurso Internacional "Giuseppe Verdi" de Parma y de ahí en más se sucedieron sus triunfales actuaciones en todos los grandes teatros del mundo.

En medio de un apretado calendario neoyorquino, en medio de sus nueve funciones de "La Forza del Destino" de Verdi en el Metropolitan, de su participación en la "Gala de Estrellas" festejando los Cien Años del Met, del concierto organizado por las Naciones Unidas donde cantara "La Vida Breve" de Manuel de Falla, televisado por Canal 13, de sus recitales de Long Island y Kentucky, en medio de la preparación del "Juan Bautista", su próximo papel en "Herodiade" de Massenet, se prestó gentilmente a esta entrevista. Afortunadamente su actitud hacia ella no fue la de un cantante famoso corriendo una carrera contra el reloj sino la de una persona que parecía tener todo el tiempo del mundo. Se preocupó muy especialmente que se desarrollara en una atmósfera calma, evitando los lugares más frecuentados. El escenario fue un solitario camarín del Met y la quietud sólo se vio interrumpida por una puerta abierta súbitamente, mostrando los rostros sorprendidos y encantados de un grupo de turistas que visitaba las instalaciones internas del teatro.

A los treinta y seis años José Carreras siente que está en el mejor momento, profesionalmente hablando. "La edad ideal de un tenor —afirma— es de los treinta y cinco a los cuarenta y cinco años. Si

José Carreras detrás de la escena



José Carreras en el momento de la entrevista. Foto: M. J. Caamaño

todo funciona como tendría que funcionar y si no tengo ningún problema grave, creo que los diez próximos años tienen que ser los diez mejores de mi carrera. Naturalmente, usando la inteligencia, cantando quizás menos de lo que canté al principio o hace unos años y cantando los personajes, los papeles, las óperas justas''.

''Creo que a cualquier persona consciente le tiene que interesar la política —afirma— y a mí me interesa en particular la española porque tengo dos hijos que viven en España. Un artista es un hombre como otro en el fondo. O sea yo soy 'Don Alvaro', un personaje romántico con una espada y unas botas, pero desde las ocho de la noche hasta las doce. Después soy el hombre de la calle como otro cualquiera. Por lo tanto yo me tengo que comprometer en todo lo que socialmente me puede más o menos tocar. Sobre todo en nuestros días el artista tiene que ser una persona normal porque, sobre todo, es más importante ser hombre que ser cantante de ópera''.

Ser un cantante de ópera a un determinado nivel en estos días, involucra una serie de aspectos que nada tienen que ver con lo técnico-musical-artístico. Hay una serie de presiones y de demandas que consumen tiempo y energía, frente a las que Carreras parece manejarse con comodidad. ''Todas las profesiones tienen lados negativos y lados positivos —expresa— y en lo que a mí respecta, lo negativo es este viajar constante, el estar fuera de casa, el no ver a mis hijos, pero en fin... No todo es posible''. Hace una pausa. El tema de los hijos se repite una y otra vez durante la entrevista. Su lejanía le preocupa visiblemente pero el recuerdo de la pequeña ''que ha empezado ahora con las primeras lecciones de música —aclara— porque tiene solamente cinco años'' y del varón que estudia flauta pero que ''no hay ninguna posibilidad ni siquiera en pensar remotamente que un día cante porque desafina como un ladrón'' le ilumina el rostro. Y el pensamiento de que preferiría que ninguno de los dos fuera cantante de ópera, vuelve a ponerlo serio. ''Para que yo apoyara eso, tendría que ver un talento verdaderamente fuera de lo común y algo extraordinario —recalca— porque si no, se ha demostrado que el noventa por ciento de las ocasiones que los hijos siguen la misma profesión del padre, son siempre infelices en el fondo, por las comparaciones, porque el peso de un apellido naturalmente exige mucho. De no ser poseedores de un talento increíble, entonces lo mejor, lo más inteligente, lo más sensible hacia ellos, sería el sacárselo de la cabeza''.

Carreras también puntualiza que ante una carrera como la suya deben dejarse muchas cosas de lado.

En cuanto a la casi imposibilidad de ser una persona anónima, aunque sea por un rato, en cuanto a la persecución de los admiradores/as, Carreras se expresa con ecuanimidad. ''Esto a veces es motivo de cansancio paro al mismo tiempo es motivo de satisfacción. A veces después de una función, después de cinco horas en un teatro, estás agotado, tienes ganas tremendas de irte a casa o de estar con estas dos o tres personas íntimas y entonces pues resulta que, por ejemplo, en Viena, tienes que firmar quinientos autógrafos porque hay quinientas personas que te lo piden. Claro, en ese momento te parece una pesadez hacerlo pero después, con la mente fría, piensas en ello y te das cuenta que ¡menos mal que está esta gente! y ¡menos mal que verdaderamente hay alguien que de una manera o de otra ha vibrado contigo aquella noche!''

Hace un par de años, parecía que en el mundo había nada más que dos tenores. Y la pregunta un poco ingenua de los neófitos ¿quién es mejor, Plácido o Pavarotti?, reflejaba el peso de esta campaña. Una pregunta que encerraba omisiones obvias pero que, en cierta forma, resumía la situación. Carreras no se inmuta ante este planteamiento y expresa: ''Esto de que no existan más tenores es muy relativo... Yo no sé... El Maestro von Karajan, a pesar de que el Sr. Pavarotti y el Sr. Domingo continúan haciendo toda la publicidad del mundo, cuando tiene que hacer algo de repertorio italiano o francés me



José Carreras con Katia Ricciarelli en ''Il Trovatore'' de Verdi. (Foto Margaret Sheriff)

llama a mí. Y esto me da muchísima más satisfacción que el hecho de aparecer en el programa de Johnny Carson, con todos mis respetos para Johnny Carson''.

Sin embargo, siguiendo los pasos de sus colegas, Carreras se apresta a filmar una película para televisión. Aunque él prefiere no hablar del tema hasta no haber firmado el contrato.

¿A qué le tiene miedo? ''¡Puh! —exclama— una pregunta que nunca me hicieron y que me gusta mucho. —Pausa— ¡No! No le tengo miedo a nada concreto que me pueda pasar a mí. Ni de tipo físico ni de tipo moral. Pero temo sí lo que pueda ocurrir a personas allegadas mías.''

Dice ser en el fondo una persona tímida. ''En ciertas situaciones me siento embarazado y no sé por qué. Y eso quizás sea porque desgraciadamente no soy suficientemente libre conmigo mismo''. Afirma no tener celos en lo que a la profesión se refiere. ''Quizás sea porque me ha ido siempre muy bien. He hecho siempre lo que he querido, siempre he escogido yo. Nadie me ha pasado nunca delante. Quizás sea por eso. No he tenido nunca envidia de nadie porque no he tenido motivos''. A nivel afectivo en cambio expresa: ''Yo siempre he defendido la tesis de que un hombre verdaderamente enamorado no puede ser otra cosa que celoso''.

En cuanto a las condiciones que un cantante debe reunir declara: ''Yo creo que el cantar a ciertos niveles, naturalmente es la suma de una serie de factores.'' Se ríe y en su rostro aparece otra vez la expresión de niño travieso ''Como decía Pietro Mascagni —concluye— para cantar, incluso hace falta tener voz''.

Nueva York, 1985.

María Julia CAAMAÑO

(Especial para EL DIA)



José Carreras. Foto: Melissa Ma Quillan



Ciencia y Religión



Descartes

¿Enfrentamiento o conciliación?

Transcurren los siglos de la historia y el hombre sigue viviendo en la duda.

Por momentos parece agigantarse cuando se producen grandes descubrimientos científicos, que son el producto de su creatividad, de sus trabajos de investigación y de las técnicas empleadas. Pero también se encuentra siempre con lo que es incognoscible, lo que le produce angustias y desasosiegos.

Se determinan dos esferas de acción: la que depende de las observaciones, inteligencia y actividades y la que escapa a toda explicación racional y contralor, para dar lugar al sentimiento religioso o a una perplejidad y desconcierto.

La historia de la Humanidad es la historia del choque o del acomodamiento de ambas esferas. El ser humano trata de actuar dentro de una o de otra o trata de conformar su vida en ambas.

Podrían señalarse distintos períodos en los cuales hubo predominancia ya sea de la religión o de la ciencia. Desde luego, partiendo de los orígenes y especialmente de la Antigüedad y la época del Cristianismo con la Edad Media hubo predominancia de la creencia religiosa. Fue a principios de la Edad Moderna cuando se produjeron acontecimientos fundamentales: la concepción del heliocentrismo debida a Copérnico y el descubrimiento de nuevas tierras, desconocidas hasta entonces. Esto trajo consigo el gran enfrentamiento de la ciencia que surgía orgullosa de su existencia y la fe que había sido hasta entonces el sustrato espiritual de los hombres. Galileo fue condenado por la Inquisición. Tendrán que venir otros sabios como Pascal y sobre todo **Descartes** para conseguir un camino de reconciliación, a tal punto que los jesuitas se volvieron cartesianos. El movimiento científico francés, a partir del siglo XVIII, se había desarrollado prescindiendo de la Iglesia. En el siglo siguiente (siglo XIX) "a pesar de la presencia de grandes sabios católicos como Lapparent o Branly (o espiritualistas como Pasteur) —según destaca Claude Cuernot— la ciencia triunfante asume la pretensión de substituir a la religión".

El golpe más rudo para la religión fue indudablemente el de la teoría de la evolución, que hacía insostenible la doctrina de la religión judeo-cristiana.

Después será la teoría de la relatividad y de la desintegración del átomo que desarrollará Einstein. En estos momentos, precisamente, la Iglesia trata de superar esa situación de desventaja, apareciendo numerosos sabios católicos que buscan la conciliación de la ciencia con los dogmas, actuando —como se ha dicho— al mismo tiempo en el **laboratorio**, ateniéndose a los hechos y a la experiencia con sentido crítico y también en el **oratorio**, aceptando con humildad la doctrina de la Iglesia, a la que se someten sin examen crítico.

Es con verdadero humor que el pastor Raven habría dicho: "Los teólogos continúan discurriendo como si la música de las esferas o hasta de los violines no tuviera ninguna relación necesaria con los instrumentos que la transmiten, mientras que los sabios, como profesionales, continúan insistiendo en el hecho de que la única explicación de un concierto para violín debe ser concebida en términos del roce de unas crines de caballo con unas tripas de gato".

Aparecen los **concordistas** que llegarían a decir "que la creación del mundo en **seis días** es, con toda probabilidad, un relato litúrgico destinado a justificar la existencia del sábado". Estarían —por otra parte— la teología atenta a las aportaciones de la ciencia para explicar progresivamente los datos de la Revelación. Pero, es indudablemente **Teilhard de Chardin**, en la segunda década de este siglo, quien ha hecho los mejores y los más serios aportes para la conciliación de la ciencia y la fe, incursionando con gran solvencia en la geología, la paleontología, así como también en la biología y la etnología.

No es nuestro propósito entrar en los detalles de toda confrontación o conciliación de la ciencia y la religión, pero no podemos eludir una meditación ante ambas presencias que debe encarar el hombre. Por nuestra parte, creemos como lo expresan William James y Carlos Vaz Ferreira que la ciencia y la religión dan satisfacción a distintas necesidades. "Si tuviéramos dos llaves de las cuales una abriera ciertas puertas y no otras; la segunda abriera éstas y no aquéllas, no sería una razón para arrojar una de las dos, sino, al contrario, para guardarlas a ambas. Tal es el caso de la religión y de la ciencia.

Hay necesidades espirituales que la ciencia satisface y no la religión; hay otras necesidades que son satisfechas por la religión y no por la ciencia; guardémonos ambas."

Frente a la ciencia sabemos que cada día podremos tener más conocimientos; somos capaces de desentrañar secretos de la naturaleza; encontrar explicación de lo que ignorábamos e, incluso, llegar a rectificarnos de anteriores teorías o explicaciones. Pero todo esto está limitado a lo que el mundo sensible nos ofrece aun con los más sofisticados elementos de la técnica. Pero siempre llegamos o llegaremos a un punto para el cual no encontraremos explicaciones.

El tema de la creación del Universo, si tuvo o no iniciación y si tendrá fin y que es lo que hubo antes y lo que habrá después. Todos los elementos que nos provee el mundo sensible, lo que podemos objetivar como algo exterior a nosotros son indeterminables en el espacio y en el tiempo. Igualmente lo que proviene de nuestra razón, intuición o simplemente de nuestro espíritu, ya sea referido a la concepción de las circunstancias en las que aparecería el mundo y de quien puede haberlo creado, ya que sería infinito. Tampoco podemos saber cuál es nuestro destino después de la muerte y aunque la ciencia pueda demorar su advenimiento, no puede, en definitiva, impedirla. Nos encontramos en la esfera de acción que no tiene límites ni explicaciones de nuestro andar y nos resignamos a admitir la "nada" porque es en definitiva la "nada". Es, entonces, cuando aparece la religión con sus influjos. Ella no tiene nada que ver con lo racional, es algo como el estar suspendido en el vacío. Sólo aparece o se manifiesta por la fe o necesidad de confiar en algo. Schleimacher dijo: "La esencia de la religión consiste en el sentimiento que tenemos todos de nuestra dependencia absoluta. Las potencias de que nos sentimos así dependientes, las llamaríamos divinidades". Por su parte, para Feuerbach, el origen, la esencia misma de la religión, es el **deseo**: si el hombre no tuviera necesidades y deseos, no tendría dioses, y para Hartman "si el dolor y el mal no existieran no habría religión". La incertidumbre mayor, la que provoca un estado anímico indefinible es todo lo que se refiere a la llegada de la muerte. Aquí, todo es imprevisible. ¿Hay reencarnación o aniquilamiento total? ¿Podemos concebirnos como viniendo de la nada y concluyendo en la nada como lo preconizan los existencialistas? ¿O tenemos una indeterminación y respondemos a un proceso que no tiene principio ni fin? Toda consideración del problema está impregnada de una terrible incertidumbre; pone de manifiesto nuestra total incapacidad para resolverlo. Es sólo un conformismo, un sentimiento religioso que nos entregaría a otras formulaciones o voluntades, que no intentamos explicar. El tema es tan amplio y complejo que, en definitiva, está determinando nuestra conducta, una fe, un misticismo, una revelación misteriosa o la duda.

Quien no tiene fe (que sería una gracia según la propia religión) ni revelaciones con implicancias de transferencias, estaría condenado a una angustia de ser que no tiene límites. El enfrentamiento o la conciliación de la Ciencia y la Religión corresponden, entonces, al sentimiento de cada uno.

Emilio O. BONINO

(Especial para EL DIA)



Tarzan

POR EDGAR RICE BURROUGHS











